

Prólogo de Nadia Saavedra, hija de Diana Dowek

Voy a intentar hacer un breve prólogo de esta artista, aunque tratándose de mi madre no sé si lo conseguiré. Lo de "breve" lo digo porque su historia data de casi 74 años y no sé si podré concentrar tantos años en unas pocas líneas.

Mi mamá pintó siempre sobre la realidad social argentina.

En los años '70 fue, creo -y que alguien me corrija-, la primera artista en pintar sobre los desaparecidos. Cuando la sociedad decía: "*algo habrán hecho, no te metas*".

Hasta yo, siendo una peque, nacida por aquellos años oscuros, le pedía encarecidamente a mi mamá que se dedique a vender zapallitos. Era evidente que nuestra economía hogareña dejaba bastante que desear: un rico mate cocido con leche y algún que otro pan con manteca.

- ¡No hija! No voy a hacer otra cosa que no sea pintar! - me respondía cuando yo, ofendida en mi deber de pegar mis 5 figuritas en el álbum de Sara Kay, le reclamaba una plasticola en vez del engrudo ese que me enseñó a hacer para pegar.

- ¡¡¡Ninguna nena pega con engrudo sus figuritas!!!

- ¡Es lo que hay!

Ella siguió obstinada hasta que llegaron las madres de plaza de Mayo, y ese cuadro emblemático que anda circulando por ahí, el primero que se hizo de ellas y, otra vez, cuando casi toda la sociedad argentina les decía "viejas locas", ella fue, lo hizo en esos años fuleros, ¡y se los donó!

- Pero boluda, ¡vendelo!

- De ninguna manera -dijo- ¡con esto no se lucra!

Más tarde, cuando todo parecía acomodarse (y me estoy saltando etapas, muchas series y etapas), llegó el caudillo de Anillaco, y a ella se le ocurrió, en 1993/1994, hacer el Congreso, la Casa Rosada, el Palacio de Justicia, en fin... Todos los edificios representativos del poder del estado nacional, en una suerte de marea apocalíptica, fragmentados y hundidos, como en una catástrofe anunciada.

- ¿Pero por qué? ¡No comprendo tu visión tormentosa de ver todo mal cuando no lo está!

Siete años después, los que no creíamos tal presagio, fuimos salpicados por esa marea arrasadora. A pesar, claro, de que la economía familiar había cambiado. Por momentos fluctuaba en café con leche y medialunas y por otros se volvía a la tostada con manteca.

Hasta que la debacle llegó para todos y ella, inquebrantable, comenzó a sacar fotos a los cartoneros más pobres, la pobreza extrema nunca vista hasta entonces por esa sociedad, que recibió un cross de derecha y cayó rendida.

La vimos todos, porque se clavó en la retina, y ella los fotografió y, con una técnica llamada transfer, los pintó e inmortalizó.

Épocas duras para todo el mundo. Yo ya había decidido irme en el año '99, dónde también debo decir (y agradecer) que pude comprar el pasaje por una rifa que hicimos de un cuadro suyo que compraron muy gentilmente todos los artistas que pasaban sus sábados por el legendario Florida Garden.

Claro que mi partida la inspiró para hacer una serie sobre cuartos vacíos y ausencias no elegidas, que también muy amablemente los amigos catalanes compraron en Barcelona, cuando la cosa estaba tan tirante que mi mamá me cedió la potestad para venderlos casi a remate. No eran épocas en donde poder elegir, y yo hice lo que pude con mi ignorancia y el tiempo y las deudas que metían caña.

Después, ¿qué más puedo decir? la perseverancia y el trabajo dieron sus frutos y más y nuevas obras vieron la luz. Vinieron los premios y el reconocimiento. No sé si está bien decirlo y si me lo puedo permitir... Bueno, bah, ¡sí!

Ganó dos veces la beca Pollock, el premio Joan Miró, el Premio Nacional de Pintura y el Gran Premio Nacional. Y todo por confiar en ella y seguir para adelante, pero no mirándose el ombligo o haciendo obra banal, sino comprometiéndose con lo que veía injusto, de una manera combativa y frontal.

Y yo les puedo decir, como su hija, que todo hubiera sido mucho más fácil si hubiera cedido a mi pedido caprichoso.

Por eso ahora, y aunque en miles de cosas no estemos de acuerdo, al fin me escuchó cuando yo le decía "*no pintes sólo tu aldea, pintá al mundo, a los refugiados, a los inmigrantes que en definitiva somos muchos*".

Y aquí está, ya llegó la muestra y, en homenaje a la película homónima de Xavier Koller, les presento "Viaje a la esperanza" de Diana Dowek, ¡mi mamá!